

Entre abetos y nubes, con tempestad y miedo, lloran los dioses  
a las Walkirias -¡Hojo tono! ¡Hojo tono! ¡leiaha! ¡leiaha!"-  
Aquí, aquí estoy. Soy yo, pero ¿quién es ese que afirma su esencia?  
¿Cual de todos mis posibles yo reivindica ahora existencia autónoma?  
Sobre los tonos de la canchalgadura de brúnhilde aparecen figuras

(más  
inertes, desglose de una personalidad con tendencia a la superposición  
de sensaciones unipersonales globalizadas entitativamente.  
Las reconozco pero no me identifico porque sólo fueran manifestaciones  
ocasionales de mi existencia, elementos de un bodegón cubista  
-"naturaleza muerta con difunto y estatua griega al fondo"-  
mientras el yo subyacente a todas esas experiencias se escurre sibilino  
como la inspiración que abandona cada madrugada al artista cuando  
se desvanecen en su espíritu los efectos de los estimulantes nocturnos.

La palidez del alma que refleja el semblante rima  
con los rostros fuertemente maquillados de los actores "extra"  
para escenas alucinantes de película surrealista en versión original.  
Hay que peregrinar al valle de los asíóceros para que el alimento  
ofrecido a los difuntos haga renacer a la vida del cívico, que es  
la inmortalidad a la que aspiró el que queriendo amarlo todo  
no supo entregarse a nadie, aunque ensayó minuciosamente la inmolación.  
El sacrificio se hizo como respuesta a una lejana llamada de la sangre.

Las raíces tampoco han sido capaces de aguantar tanta responsabilidad  
como les exigía el jardinero, ávido de fama y galardones.  
Siguen ahí, a flor de tierra, dicen que soñando con otros frutos;  
sin embargo -no podía ser de otra forma- ellas, hoy, están muertas.

"EN ANSIAS ESTAS DE TU DULCE REGRESO,  
PERO UN DIOS TE LO VA A HACER PENOSO".

(Odisea, XII, 100-101)

Francisco-Javier CAMPOS

